

### “HABITAVIT SECUM”<sup>1</sup>

“Entonces -luego de la desgraciada experiencia de Vicovaro-, (Benito) volvió al lugar de su amada soledad, y solo, bajo las miradas del celestial espectador, habitó consigo”<sup>2</sup>.

*Habitavit secum*: esta expresión parece haber sido hecha expresamente para excitar la curiosidad del diácono Pedro; en efecto, éste interroga inmediatamente a su maestro sobre su significado. ¡A cuántos, después de él, ha hecho sonreír o reflexionar esta expresión!<sup>3</sup>.

Ahora bien, en el tiempo en que Gregorio componía sus *Diálogos*, ella tenía en realidad un largo pasado detrás. Ya san Gregorio de Nacianzo, cuando hablaba de las noches pasadas por Jesús en oración en la montaña, había escrito que el Señor se encontraba allí consigo mismo, *eayto sugginómenos*<sup>4</sup>. Y el otro Gregorio, el de Nisa, había dicho de san Basilio que vivía retirado en sí mismo *eph'echytoy idiáxon*<sup>5</sup>; y con los mismos términos se había expresado al hablar de Gregorio el Taumaturgo<sup>6</sup>.

¿Habría leído el papa hagiógrafo las obras de sus homónimos griegos? Es poco probable; sería mejor buscar la fuente inmediata de su inspiración en sus autores preferidos, san Ambrosio o san Agustín. Sin embargo, ni uno ni otro parecen haber empleado textualmente la expresión en cuestión. El primero, inspirándose en Cicerón<sup>7</sup>, que a su vez la había tomado de Catón, desarrolló con sabia convicción, la célebre humorada de Escipión el Africano: “¡Jamás estoy menos solo que cuando estoy solo!”<sup>8</sup>. El Obispo de Milán invita incluso a sus lectores a mantenerse, *stare*<sup>9</sup>, a deambular, *deambulare*, en su propio corazón<sup>10</sup>. Encontramos la misma idea en san Agustín, cuya expresión, por otra parte, se acerca más a la de Gregorio Magno: “Nuestras casas son nuestros corazones; allí habitan con gusto los que son puros de corazón”<sup>11</sup>. Sin embargo, nada de esto es textual propiamente dicho.

Debemos remontarnos a los autores clásicos para descubrir fórmulas análogas a la que nos ocupa. De este modo, Cicerón, meditando en los encantos de la vejez *-nihil otiosa senectute iucundius-*, escribía lo siguiente: “Para el alma, liberada por así decir de la servidumbre de la sensualidad, de la ambición, de las rivalidades, de las enemistades, de todas las pasiones, ¡qué precioso es poder aislarse y vivir, como se dice, consigo misma, *secum esse secumque, ut*

<sup>1</sup> De *Collectanea Ord. Cist. Ref.*, oct.-dic. 1963. Tradujo: Hna. Ma. Isabel Guiroy, osb. Monasterio Gozo de María, Córdoba - Argentina.

<sup>2</sup> SAN GREGORIO MAGNO, *Diálogos*, II,3.

<sup>3</sup> La tradición cisterciense la recordará y la utilizará. Cf. S. BERNARDO, *De diversis, serm.* 31,1 (PL 183,623); GUILLERMO DE S. THIERRY, *Vita prima Bernardi*, 3 (PL 185, 228B); ODÓN DE MORIMOND, *Serm. III, in Septuagesima* (PL 188,1650C).

<sup>4</sup> *Sobre el amor a los pobres*, IV (PG 35,861C).

<sup>5</sup> PG 46,810B.

<sup>6</sup> *Ibid.*, 908D.

<sup>7</sup> *De officiis*, III,1.

<sup>8</sup> S. AMBROSIO, *Epist.* 49, ad Sabinum (PL 16,1153-1155. Cf. *De Officiis ministrorum*, III,2, PL 16,145). La frase es aplicada a María en el *De virginibus*, II,10 (PL 16,210A). Es atribuida a Teofrasto por S. JERÓNIMO, *Adv. Iovin*, I,47 (PL 23,290C). ELREDO DE RIEVAULX la cita en *La vida del recluso*, 5 (S. Ch. 76, p. 55) y también GUILLERMO DE SAINT-THIERRY, *Epist. ad fratres de Monte-Dei*, IV (PL 184,313D).

<sup>9</sup> *Epist.* 63,41 (PL 16,1200).

<sup>10</sup> *De officiis ministrorum*, III,1 (PL 16,145).

<sup>11</sup> *Enarr. in Ps* 73,23 (PL 36,943). Cf. *ibid.*, *Ps.* 111,3 (PL 37,1469). S. BERNARDO parece haber recordado tanto estos textos como los *Diálogos* cuando escribía: “Sunt enim nonnullae interdum cogitationes penitus otiosae et ad rem non pertinentes, quas tam facile abicere quam recipere facile possit anima, dummodo sit *secum habitans in corde suo* et assistens Dominatori universae terrae” (*De diversis, serm.* 31,1, PL 183,623).

*dicitur, vivere!*"<sup>12</sup>.

Séneca, por su parte, había felicitado a Lucilius por saber quedarse en su casa, con estos términos: 'Tú que me escribes, así como lo que oigo decir de ti, me hace augurar el bien. Tú no frecuentas el mundo ni cultivas en ti la agitación, desplazándote de un lugar a otro. Esa inestabilidad revela un alma enferma. Por el contrario, el primer indicio de un pensamiento equilibrado es, a mi juicio, saber establecerse y morar consigo, *secum morari*'<sup>13</sup>.

Ni Cicerón ni Séneca inventaron la expresión que nosotros estudiamos. Directa o indirectamente se la deben, como tantas otras, a Platón y depende, en su contexto, del más puro platonismo: "Tu purificación, *cavqarsi*" consiste en separar lo más posible el alma del cuerpo, en habituarla a replegarse y concentrarse sobre sí misma a partir de todos los puntos del cuerpo, a permanecer allí lo más posible, hoy y también luego, sola consigo, *monen chathayten*, liberada del cuerpo como de una prisión"<sup>14</sup>.

No se podría describir mejor el esfuerzo de recogimiento y concentración interior que realiza el alma deseosa de encontrarse consigo misma. A los ojos de Platón, la idea de que el cuerpo le resulta un obstáculo, sin duda está subyacente en esta descripción; pero se puede aislarla sin perjuicio, y de este modo será totalmente correcta para un cristiano.

Vemos inmediatamente que la expresión "vivir" o "habitar consigo" es algo muy distinto que una manera picante de significar "vivir solo", sin otra compañía que uno mismo. Porque se puede *estar fuera de sí* -bien lo sabemos después de san Gregorio<sup>15</sup>-, y se puede *volver en sí*, "recobrar el conocimiento", o mejor todavía, *entrar en uno mismo*, "reflexionar seriamente, más sabiamente", "hacer un examen de conciencia, reflexionar sobre la propia conducta". Vivir consigo es ciertamente retirarse a la soledad, la de la habitación o la del desierto o por lo menos huir del ruido, de la agitación, de la importunidad de los hombres, de la preocupación de los negocios y del cine de los acontecimientos; no solamente, sin embargo, para gozar de un poco de descanso sino para darse tiempo para pensar, reflexionar, calcular, meditar, sin dejarse distraer por todo lo que en el mundo sensible parece existir sólo para hacernos salir de nosotros mismos.

Esta era la ocupación de Benito en su gruta: "Por eso decía yo que este venerable varón habitó consigo, por cuanto, teniendo constantemente fija la mirada en la guarda de sí mismo, mirándose de continuo ante los ojos del Creador y examinándose sin cesar, no alejó fuera de sí el ojo de su espíritu... El venerable Benito, pues, habitó consigo en aquella soledad, en cuanto que se guardó a sí mismo dentro de la clausura de sus reflexiones"<sup>16</sup>.

Ahora bien, no hay nada que los hombres teman más, si debemos creerle a Pascal, que encontrarse solos consigo mismos:

"Cuando alguna vez me he puesto a considerar las diversas agitaciones de los hombres..., descubrí que toda la desdicha de los hombres está causada por una sola cosa, que es no saber permanecer quietos en una habitación<sup>17</sup>... Por eso -por la desdicha natural de nuestra condición débil y mortal-, por eso aman tanto los hombres el ruido y el movimiento; por eso la prisión es un suplicio tan horrible; por eso el placer de la soledad es algo incomprensible... El rey está rodeado de personas que no

<sup>12</sup> *De senectute*, 49, Cf. *Tusculanes*, I,75.

<sup>13</sup> *Epist. I ad Lucilium*, 1.

<sup>14</sup> *Fedón* 67 c. Cfr. también en el *Fedón*, 65 c, 66 d, 70 a, 83 a.

<sup>15</sup> "Cuantas veces, bajo la violencia de una preocupación excesiva, salimos fuera de nosotros mismos, somos nosotros y, sin embargo, no estamos en nosotros, porque divagando por las cosas en torno, no reparamos en nosotros mismos" (S. GREGORIO).

<sup>16</sup> S. GREGORIO

<sup>17</sup> "Todo nuestro mal nos viene de no poder estar solos" (LA BRUYERE, *Caractères, De l'homme*).

piensan más que en divertir al rey e impedirle pensar en sí mismo. Porque, por más rey que sea, es desdichado si piensa...

“Hagamos la prueba: dejemos a un rey totalmente solo, sin ninguna satisfacción de los sentidos, sin ningún, cuidado del espíritu, sin compañía, que piense en sí mismo todo el tiempo que quiera, y veremos que un rey sin diversiones es un hombre lleno de miserias...”.

“Lo único que nos consuela de nuestras miserias es la diversión, y sin embargo es la más grande de nuestras miserias. Porque eso es lo que nos impide principalmente pensar en nosotros mismos y lo que insensiblemente nos pierde. Sin ella caeríamos en el aburrimiento, y ese aburrimiento nos empujaría a buscar un medio más sólido para salir de él. Pero la diversión nos distrae y nos hace llegar insensiblemente a la muerte”<sup>18</sup>.

Un autor anónimo, poco posterior, observaba también, con mayor profundidad aún: “¿Cuál es el hombre que no se aburre cuando se encuentra solo consigo mismo? El hombre que no es fiel a Dios, a pesar de no amar más que a sí mismo, sin embargo nada detesta tanto como permanecer consigo”<sup>19</sup>.

Esta es la paradoja: nos buscamos a nosotros mismos, y para encontrarnos huimos de nosotros. El hombre, a ejemplo de Caín, es un errante perpetuo mientras no vuelva a Dios.

Porque se trata exactamente de esto: volver a sí mismo es volver a Dios; habitar consigo es habitar con Dios. Tratemos de demostrarlo procediendo por etapas.

“Sucedió en una oportunidad, que tres jóvenes se hicieron monjes. El primero decidió trabajar para reconciliar a los que estaban divididos por algún litigio, según lo que está escrito: ¡Bienaventurados los pacificadores!

“El segundo resolvió visitar a los enfermos.

“El tercero fue a buscar la *hesychia* en la soledad.

“Pero el primero no tuvo ningún éxito en su obra pacificadora. Se llenó de tristeza y fue a buscar al que se había puesto al servicio de los enfermos. Lo encontró presa también del desaliento porque no lograba cumplir el mandamiento del Señor. De común acuerdo se pusieron en camino para ir a ver al ermitaño y le contaron sus desengaños. Luego le preguntaron si él, por lo menos, había hecho algún progreso. Silenciosamente, el solitario puso agua en un vaso. Luego les dijo: “Observen esta agua”. Ahora bien, el agua estaba totalmente turbia. Después de algunos instantes dijo de nuevo: “Observen ahora cómo esta agua se puso limpia”. Y al mirar el agua, vieron que sus rostros se reflejaban como en un espejo.

“Entonces el ermitaño les dijo: “Lo mismo sucede con todo aquel que vive entre los hombres: la agitación que lo rodea le impide ver sus pecados. Pero cuando vive en la calma, sobre todo si es en la soledad, entonces se le aparecen sus defectos”<sup>20</sup>.

El conocimiento de sí es, en primer lugar, el de los defectos o, más bien, de esas tendencias secretas, esos móviles escondidos que inspiran y modelan toda la conducta. No se pueden

---

<sup>18</sup> *Pensées*, edit. Bruschiwig, II, 139, 142, 171.

<sup>19</sup> *Le vrai dévot considéré a l'égard du mariage et des peines qui s'y rencontrent*, Paris, 1679, p. 35 (Citado por BREMOND, *Hist. litt.*, IX, p. 316).

<sup>20</sup> *Verba seniorum*, V, II, 16 (PL 73,860).

detectar si uno es un extraño para sí mismo: un alma que viaja perpetuamente, está condenada a ignorarse de por vida<sup>21</sup>. En cambio el hábito del recogimiento vale por todos los exámenes de conciencia del mundo. El hombre que ordinariamente vive en compañía de sí mismo, se ve, por así decir, continuamente al desnudo<sup>22</sup>; ya no tiene necesidad de repasar trabajosamente en su espíritu las acciones de la jornada para descubrir las fallas de su conducta y la orientación profunda de su ser. También la humildad nace y crece por sí misma en el alma que acepta vivir lejos de todo lo que divierte y acapara la atención de los hombres<sup>23</sup>. Contra todo lo que se pueda pensar, la soledad abrazada de buen grado *-dilecta solitudo-* corre un riesgo infinitamente menor de replegar al hombre sobre sí mismo, sobre su yo superficial y su orgullo que una sociabilidad demasiado parecida a una dispersión.

Pero el conocimiento de sí mismo no se limita a ese aspecto negativo. Verse pecador, es ya acercarse a Dios porque el mal en nosotros sólo puede remediarse en alguien más alto que nosotros. Sin embargo, sucede algo mejor aún. Al aprender a conocerse a sí mismo y por medio de este mismo conocimiento, el hombre aprende a conocer a Dios. Este pensamiento, familiar a los Padres, debe ser bien interpretado.

Como todos sabemos, está fundamentado en el hecho revelado de que el hombre es la imagen de Dios (*Gn* 1,26-27; 9,6; *Si* 17,3; *Sb* 2,23; 1 *Co* 11,7; *Jc* 3,9). Si puede encontrar a Dios en el espejo de las criaturas (*Sb* 13,1-9; *Rm* 1,19-20; *Hch* 14,17), con mucha más razón debe descubrirlo en el espejo de su ser (*Hch* 17,24-29; *Col* 3,10).

Pero. ¿en qué es el hombre imagen de Dios? Si nos atenemos, al contexto del primer pasaje del Génesis citado, diríamos que lo es en tanto que ejerce, a ejemplo de Dios y por haber recibido esa misión de El, un dominio, un poder, un imperio sobre las criaturas inferiores (cf. *Sal* 8,6-9). Pero si ha recibido ese poder sobre ellas ¿acaso no es porque su misma naturaleza se eleva sobre todas las demás? El hombre es la imagen de Dios, no solamente porque toda la creación visible está a su servicio, sino en cuanto que se distingue de ella y es esencialmente diferente a ella. Y se distingue y es superior, por el pensamiento y por la libertad; es otro, es más grande, por el fondo espiritual de su ser. Hay en él algo de inmortal donde reside su semejanza con Dios (*Sb* 2,23--3,9).

De allí esa doctrina de un san Juan Damasceno, según la cual el hombre es imagen de Dios por su inteligencia, su libre arbitrio y el carácter espontáneo de su acción<sup>24</sup>; o la de un san Agustín, que descubre en las tres facultades superiores -memoria, inteligencia, voluntad- un reflejo del misterio de la santa Trinidad.

De todos modos, podemos preguntarnos si es exactamente en esto en lo que pensaban los místicos cuando enseñaron que el conocimiento de sí llevaba al conocimiento de Dios. Porque, en último caso, estas consideraciones son abstractas; se verifican en todo hombre, son el fruto de un discurso del espíritu y de ninguna manera es necesario vivir consigo y penetrar en el secreto del propio ser personal para hacerlas propias. Ahora bien, el misterio del hombre, lo que lo hace semejante a Dios, no reside tanto en lo que tiene en común con los otros hombres sino en lo que, en él, es estrictamente personal, incomunicable: está en ese fondo íntimo que sólo le pertenece a él y que no se encuentra en ningún otro; en una palabra, en su propia personalidad. Este carácter único, esencialmente singular de la persona, del cual

---

<sup>21</sup> “Ustedes no se conocen, no tienen la costumbre de estar en casa” ROBERT DE LANGEAC (Augustin Delage P.S.S.), *Conseils aux âmes d'oraison*, Paris, 1954, p. 11.

<sup>22</sup> “Liquet igitur ex his, quia soli cum sumus, tunc nos offerimus Deo, tunc mentem ei nostram aperimus, tunc amictum fraudis exuimus” (S. AMBROSIO, *Epist.* 49,5, PL 16,1154-1155).

<sup>23</sup> “No es necesario ir muy lejos para sentarse en el último lugar; no es necesario salir, basta con entrar en uno mismo” (Dr. Jean HAMON, + 1687, citado por C. GAZIER, *Ces Messieurs de Port-Royal*, Paris, 1932).

<sup>24</sup> Sobre este punto me remito a S. TOMÁS, Prol. de la Ia. Ila.: “Sicut Damascenus dicit, lib. 2 orth. fidei, cap. 12, princ., homo factus ad imaginem Dei dicitur, secundum quod per imaginem significatur intellectuale, et arbitrio liberum, et per se potestativum”.

la sabiduría de Aristóteles había hecho poco caso *-de singularibus non est scientia-* la filosofía moderna profunda lo descubre en lo que llama el Ello o el *Superyo*: “Le debemos a Jung el descubrimiento de que una introspección a través del inconsciente y de sus emanaciones, los sueños, conduce o puede conducir a una evolución espiritual por caminos conocidos desde toda la eternidad, como en el Yoga o en las iniciaciones antiguas. En el curso de estas evoluciones el centro del psiquismo se desplaza; el Yo empírico, subjetivo, formado por las influencias de la vida personal, deja lugar a un núcleo diferente. La personalidad íntegra se transforma. Esta transformación se produce gracias a una penetración más profunda del consciente en las capas oscuras del inconsciente. Este se revela entonces a la conciencia clara del individuo. El consciente y el inconsciente, tan a menudo en contradicción, se unen en una nueva orientación, una nueva armonía en la que el individuo encuentra un sentimiento de plenitud. Se le revelan fuentes de energía, de creación, de felicidad desconocidas hasta ese momento, porque el hombre no sólo rechaza lo que es inferior y lo penoso de su naturaleza, sino que a menudo rechaza lo mejor de sí mismo.

El interés puesto hasta ese momento en el descubrimiento realista del mundo o en su posesión, se retira cada vez más hacia el centro invisible de la personalidad, el Ello o Yo superior. Mientras se va desplazando, la energía psíquica nunca es anulada ni rechazada sino conducida a otro cauce... Para su gran sorpresa, el individuo gana en objetividad. Adquiere una distancia con respecto a sí mismo, se eleva por sobre sus propias oposiciones y sobre conflictos sentimentales o de otro tipo que, en sí mismos, parecían insolubles... De ahora en más, el Yo empírico con sus deseos, sus temores, todas las manifestaciones de la vida afectiva, cede cada vez más el lugar a un centro virtual que irradia en el ser nuevo una atmósfera de serenidad y de calma”<sup>25</sup>.

El contemplativo, por el trabajo de concentración interior al que se dedica *-trabajo que está condicionado por un descanso, *negotiosum otium-**, abandona, no solamente el mundo exterior, sino también esa capa superficial de impresiones, sentimientos, imágenes, incluso ideas, donde habitualmente se confina la vida psicológica de la mayoría de los hombres. Sale, si se quiere, de sí mismo, como por una especie de éxtasis, pero para entrar en lo más profundo de sí mismo<sup>26</sup>. Sucede entonces que el hombre descubre a Dios: “Habiendo abandonado todas las apariencias, no solamente lo que perciben los sentidos sino lo que cree ver la inteligencia, entra cada vez más en el interior, hasta que penetra, por la actividad del espíritu, en lo invisible y en lo incognoscible, y allí ve a Dios”<sup>27</sup>.

Lo descubre en una intuición oscura, que le costaría mucho traducir en un lenguaje claro, pero que no por eso deja de estar acompañada por una certeza superior a la que podrían procurarles los argumentos más apremiantes, mientras que tiene la ventaja sobre ellos de provocar el amor y el deseo, de procurar el descanso y la beatitud. “Hay en el hombre, escribe muy ajustadamente el P. de Lubac, algo que escapa a toda representación y que le permite conocer a Dios en verdad. El hombre, comentarán los Padres, está hecho a imagen de Dios incomprendible por su propio fondo incomprendible”<sup>28</sup>.

Nos explicamos así cómo contemplativos extraños al cristianismo han podido alcanzar estados místicos cuya autenticidad es muy difícil de contestar<sup>29</sup>. En todo hombre existe una

---

<sup>25</sup> ANIA TEILLARD, *L'âme et L'écriture*, Paris, 1948, pp. 152, 154.

<sup>26</sup> CLAUDEL habló de esas “regiones substanciales y profundas, separadas de nuestra mirada por esas capas fluidas, contemplativas, relucientes, que pertenecen al campo de lo contingente, de lo provisorio, de la ilusión y del “tiempo”, de ese reflejo que responde a la circunstancia” (*Un poète regarde la Croix*, Paris, 1935, p. 11).

<sup>27</sup> S. GREGORIO DE NISA, *Contemplación sobre la vida de Moisés*, PG 44, 377A.

<sup>28</sup> *De la connaissance de Dieu*, Paris, 1941, p. 11. Cf. RICARDO DE S. VICTOR, *Beniamin minor*, c. 71 (PL 196,51C): “Prius discat homo cognoscere invisibilia sua, quam praesumat posse apprehendere invisibilia divina. Prius est ut cognoscas invisibilia spiritus tui, quam possis esse idoneus ad cognoscendum invisibilia Dei”.

<sup>29</sup> Lo cual no implica que un método de introspección como el Yoga sea el único bueno, ni incluso que sea absolutamente bueno para un cristiano. Nuestra ascesis también tiene sus métodos; no consisten tanto en un esfuerzo psicológico de concentración sino en un entrenarse en el desprendimiento de corazón y en la libertad

cierta imagen de Dios; sólo hay que limpiarla para recuperar sus rasgos. Pero solamente se la limpia correctamente y según el orden en Jesucristo.

Porque esta imagen manchada y empañada en nosotros, ha encontrado de golpe su perfección acabada en el primogénito de toda la creación, en Aquel que por nacimiento es la imagen del Dios invisible (*Col* 1,15. Cf. *2 Co* 4,4), el resplandor de su gloria y la impronta de su sustancia (*Hb* 1,3). Y así como hemos llevado en nosotros la imagen del Adán terrestre, del mismo modo debemos llevar la imagen del celeste (*1 Co* 15,49), porque Dios nos predestinó a reproducir la imagen de su Hijo (*Rm* 8,29). De ahora en más, según el designio de Dios, el hombre sólo descubrirá su propia personalidad, y en consecuencia la imagen trascendente que lleva en sí, a condición de modelarse en Aquel en quien el rostro de Dios se refleja sin sombra ni mancha, sin deformación de ninguna especie<sup>30</sup>. De poco serviría habitar consigo, entrar en sí mismo, si al mismo tiempo no fijáramos la mirada en el prototipo que Dios mismo contemplaba, según se dice, cuando formaba con sus manos al Adán terrestre. La fe en Jesucristo, una fe viva, asiduamente vigilante, es el elemento positivo y la condición necesaria de la introspección y el recogimiento cristianos. “Más todos nosotros, que con el rostro descubierto reflejamos como en un espejo la gloria del Señor, nos vamos transformando en esa misma imagen cada vez más gloriosos conforme a la acción del Señor, que es Espíritu... Pues el mismo Dios que dijo: “Del seno de las tinieblas brille la luz”, ha hecho brillar la luz en nuestros corazones, para irradiar el conocimiento de la gloria de Dios que está en la faz de Cristo” (*2 Co* 3,18; 4,6).

El primer efecto de esta contemplación no puede ser otro que el de subrayar un contraste. Jesús es manso y humilde de corazón y nosotros somos irascibles, impacientes, duros y orgullosos. Él es la pureza sin sombra y nosotros estamos inclinados al mal por todos nuestros sentidos. Él fue obediente y nosotros somos rebeldes, queremos hacer solamente lo que se nos antoja. Él no vino a juzgar al mundo y nosotros juzgamos y condenamos sin indulgencia, a tontas y a locas. Él se enfrentó a los poderosos, aceptó la cruz sin mirar la felicidad que le hubiera correspondido (*Hb* 12,2) y nosotros somos cobardes y unidos, el menor obstáculo nos hace retroceder.

El bautismo sin embargo, ha puesto en nosotros el germen de una vida nueva, de esa vida de resucitados que debe conformarnos a Cristo para reconformarnos a Dios. De ahora en más el Espíritu puede dar testimonio ante nuestro propio espíritu de que somos hijos de Dios (*Rm* 8,16): hijos de Dios, es decir, según la costumbre constante de la Escritura, semejantes a Dios.

Quizás nos preguntemos en qué puede consistir ese testimonio del Espíritu. Hay que buscarlo, si no me equivoco, en la conciencia cada vez más clara de una sustitución de la vida de Cristo a la nuestra, de una invasión de todo nuestro ser por la marea creciente de su pensamiento, de su voluntad, de sus deseos, de su amor<sup>31</sup>. Los elegidos, de Dios, sus santos, sus amigos, tienen el sentimiento bien firme de que han sido contados en el número de los Hijos. Ellos tienen esta íntima certeza, no solamente por ese conocimiento general adquirido desde, afuera, que procura la fe, ni tampoco ¡por cierto! por la contemplación de sus propias virtudes y buenas obras, verdaderas o supuestas, sino de una fe en Cristo que los hace buscar en Él toda su justicia. Habiendo alcanzado este estado en que ya no se atribuyen nada bueno -“Nadie es bueno sino sólo Dios”-, adquieren el derecho de descubrir la imagen de Dios en todo lo que en ellos es realmente bueno, en esa renovación de todo su ser que los asimila a Cristo.

---

espiritual. Estos métodos son experimentados y sería muy presuntuoso pretender discutirlos, reemplazarlos por otros, tomarlos o dejarlos a voluntad. Cuando recorremos la obra publicada por el P. REGAMEY, *Redécouverte du jeûne* (Paris, 1959), no puede dejar de llamarnos la atención el hecho de que aquellos autores que han experimentado el ayuno con un corazón inteligente y dócil se han convertido en partidarios decididos; sólo los teóricos formulan reservas y concluyen, si se puede decir así, con un punto de interrogación.

<sup>30</sup> “El que me ha visto a mí, ha visto al Padre” (*Jn* 14, 9).

<sup>31</sup> “Y, vivo, pero no yo, sino que es Cristo quien vive en mí” (*Ga* 2,20).

Cristo que vive en ellos y su Espíritu, les dan esa respetuosa libertad en sus relaciones con el Padre, esa *parrhesia* que los impulsa a dirigirse a Él con una audacia de niños -*audemus dicere: Pater-*. Ellos ponen en sus corazones la certeza de su perfecta redención en la esperanza, de su futura inmortalidad (*Rm* 8,23-25), el amor verdadero, sincero, eficaz, que sienten por sus hermanos y por todos los hombres<sup>32</sup>, la observancia fiel de los preceptos divinos, o por lo menos la constante preocupación de caminar sin reproche por todos los mandamientos y observancias del Señor (cf. *Lc* 1,6): esto, según san Pablo (*Ga* 5,13 ss.) y san Juan (*I Jn* 2,29; 3,9. 22. 24), es el fruto de la presencia del Espíritu y la señal de una auténtica filiación divina. Los hijos de Dios son humildes y magnánimos, mansos y fuertes, ardientes y pacientes, dóciles a Dios y libres con respecto al juicio de los hombres, obedientes a todo poder y ley legítimos, mortificados, austeros, pero alejados de todo formalismo, de todo conformismo, libres de toda servidumbre de una letra muerta o de una ascesis que se adora a sí misma. Son severos con el pecado y compasivos con el pecador, dedicados a los hombres y pertenecientes sólo a Dios. Son pobres según el Espíritu, desinteresados; aman la continencia, la paz, la sinceridad, la urbanidad; sufren con las penas ajenas, son dichosos con la felicidad de los demás y no menos dichosos de sufrir ellos mismos por el nombre de Jesús.

Estos son -¿quién lo pone en duda?- sentimientos totalmente divinos, costumbres divinas encarnadas y reveladas en la persona del Mediador, puestas también por el Padre en sus hijos adoptivos por medio de su Espíritu. Por eso el santo, íntimamente transformado en las fuentes mismas de su vida moral (*Ef* 4,22-24, *Col* 3,9-10), puede contemplar en el espejo de su ser la imagen de su Creador<sup>33</sup>. Al experimentar en sí los efectos de la gracia, presiente y percibe oscuramente lo que es Dios. La fe inquebrantable, la esperanza gozosa, el amor ardiente que lo invade, universal, que son la vida de su alma; la paz, la indiferencia tranquila que experimenta con respecto a todo lo creado; la sensación de ser espiritualmente el dueño del mundo; la sabiduría que le hace descubrir la huella de Dios y las señales de su amor en todas las cosas; la bienaventuranza de la que goza en medio de las peores pruebas; la convicción que tiene de no ser más que uno con Cristo y de poseer en Él todas las cosas: este ser espiritualizado le da el sentimiento inefable del misterio de Dios, la intuición de una Realidad que supera toda realidad, de una Santidad y de un Amor que el mundo no conoce.

Pero esta semejanza no tiene nada de estático ni de definitivo. No es una adquisición realizada de una vez para siempre, en la cual uno podría complacerse y gozarla en paz. Ella es progreso, tensión de todo el ser, camino adelante, carrera sin fin hacia una meta que nunca se alcanza<sup>34</sup>. Por más fiel que sea a su Arquetipo, la imagen de Dios en el hombre puede perfeccionarse siempre y necesariamente tiende hacia esa fidelidad cada vez mayor. El santo siente su imperfección y su necesidad de progreso mucho más de lo que gusta la similitud reavivada en él por Dios. Tiene la sensación de no ser nada al lado del infinito, y este sentimiento mismo hace crecer su semejanza: ésta es en él, en vacío, la imagen del Infinito. “El deseo de lo Bello no cesa jamás de estar en tensión a medida que avanza en su carrera hacia lo Bello. Y realmente es ver a Dios no saciar jamás ese deseo”<sup>35</sup>. “En esto consiste la verdadera visión de Dios, en que aquel que levanta los ojos a Él, no cesa jamás de desearlo”<sup>36</sup>.

---

<sup>32</sup> “Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (*Jn*. 4,7).

<sup>33</sup> “Así como en el espejo puro de las aguas pacificadas, no enturbiadas por la arena ni el cieno, se refleja la bóveda celeste en toda su pureza, en el espejo del corazón no agitado por las pasiones, no hay ya nada humano y solamente se refleja allí la imagen de Dios” (Nicolas GOGOL, *Méditations sur la divine liturgie*, Paris, 1952, p. 55).

<sup>34</sup> “No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo, mi carrera por si consigo alcanzarlo... Pero una cosa hago: olvido lo que dejé atrás y me lanzo a lo que está por delante, corriendo hacia la meta ...” (*Flp* 3,12-14).

<sup>35</sup> S. GREGORIO DE NISA, op. cit., col. 404 D.

<sup>36</sup> *Ibid.*, col. 404 A. Esta idea de la perfección asimilada a un progreso constante -la *epéctasis* de san Gregorio de Nisa- se encuentra en S. AGUSTÍN, *De Trinitate*, IX,1,1 (PL 42,961), S. LEÓN, *Serm. IX de Nativitate* (PL 54,226), S. BERNARDO, *Epist.* 254,2-3 (PL 182,460). Es la moral abierta del Evangelio de la cual habla BERGSON, *Les deux sources*, Paris, 1932, pp. 56-58.

Ahora bien, esta semejanza que siempre progresa, esta similitud siempre impulsada hacia adelante y jamás acabada, no la hace, no la construye el hijo de Dios: la encuentra al mismo tiempo que la recibe. La encuentra porque ya existe en él; la recibe porque es conformidad con Cristo, imagen perfecta de su Padre. La encuentra y la recibe en el despojo y la oración. La encuentra habitando consigo, porque habitando consigo aprende a conocerse a sí mismo, a medir su riqueza y su pobreza, a penetrar hasta el fondo mismo de su ser. La recibe en la paz del silencio y en el jardín cerrado de la oración, contemplando a su Señor con una mirada de fe y con la meditación de su Palabra, absorbiendo en todo su ser la gloria que irradia del Primogénito.

Habitar consigo es encontrar su verdadera naturaleza, el verdadero sentido de su ser, es verse suspendido de Dios, al mismo tiempo semejante a Él e infinitamente desemejante, obligado, para realizarse perfectamente a dejar pasar en sí toda la vida del Señor Jesús.

*Macouba (Martinique)*